

Grano de incienso 2025 Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat



Santuari de Montserrat

oración de postcomunión de la solemnidad de la Virgen de Montserrat

La oración de postcomunión se encuentra en cada misa al final de los ritos de la comunión del pueblo fiel que, pronunciando su Amén, al recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor, se une sacramentalmente a la acción redentora de Cristo, quien va uniendo cada vez más a Él nuestras vidas en este peregrinaje de la fe.

Este rito ha sido introducido por la oración del Padrenuestro, en la cual se pide todo lo necesario para realizar este peregrinaje de la fe: el pan de cada día, el perdón de los pecados, la fuerza frente a la tentación para poder hacer siempre con gozo y serenidad, como Jesucristo, la voluntad de Dios, santificando verdaderamente el nombre de Dios hasta llegar definitivamente a su presencia en el cielo.

La comunión es un momento de máxima unidad con Jesucristo, es la renovación consciente de la adhesión a su obra salvadora, que une nuestra vida a su ofrenda permanente para que gozemos de su heredad en el cielo con todos los elegidos, tal como rezamos en la Plegaria Eucarística III.

El silencio después de la comunión debe dejar espacio al canto agradecido de la misma vida que alaba al Señor por su gloria y lo magnifica por su misericordia.

La oración de postcomunión de la solemnidad de la Virgen de Montserrat parte de la certeza de consuelo y felicidad que supone escuchar la palabra de Dios y guardarla en el corazón de manera viva, y unirse al gozo y la esperanza de participar realmente en el misterio pascual de Cristo, como María junto a la cruz del Señor, recibiendo el fruto de la Pascua que es el Espíritu Santo.

Nos has alimentado, Señor,
con el sacramento que nos salva;
concédenos, ahora, ser protegidos en todo lugar
por santa Maria Virgen,
pues en su honor, a ti, Dios nuestro,
hemos ofrecido este sacrificio.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

“Nos has alimentado, Señor, con el sacramento que nos salva”

El don recibido en la eucaristía es inmenso. Es el sustento para nuestra eterna salvación. A lo largo de las Escrituras, Dios se revela como aquel que sostiene todas las cosas (Heb 1, 3). Sustentar algo significa darle fortaleza, protección, aliento y consuelo. Dios sustenta nuestra vida con un poder que supera las perspectivas del ser humano porque Dios es fiel, aunque los hombres, debido al pecado, no siempre le sean fieles. La fidelidad del amor de Dios hacia los hombres es nuestra ancora de salvación.

Al aceptar el don gratuito de la salvación por medio de Jesucristo, nos convertimos en hijos de Dios, porque, como podemos leer en la carta a los romanos (Rm 8, 15), no hemos recibido un espíritu de esclavitud que nos lleve otra vez a tener miedo, sino el Espíritu que nos hace hijos de Dios. Por este Espíritu nos dirigimos a Dios, diciendo: “¡Abbá!, ¡Padre!

La celebración de la eucaristía actualiza la obra de la redención en nosotros, en ella se cumplen las palabras del salmo 17 que cantan con agradecimiento: “El Señor el Señor me dio su apoyo: me sacó a la libertad; ¡me salvó porque me amaba! El amor de Dios es lo que sostiene al creyente porque, como dice el salmo 62: “Mi alma està unida a ti, tu diestra me sostiene”. Estos son sentimientos que se renuevan cada vez que comulgamos.

Nuestras fuerzas flaquean más a menudo de lo que quisiéramos, Dios es el único que puede sostener nuestras fuerzas para resistir en la lucha, no contra los enemigos de carne y de la sangre como tuvo que hacer el rey David a quien se refiere el salmo 17, sino en la lucha de la fe, que se apresura a someter las pasiones que hacen la guerra a la libertad, la bondad y la belleza de la vida que Cristo resucitado nos ha dado. La celebración de la eucaristía, que es palabra y vida de Jesús, nos es defensa segura; nos es fortaleza porque infunde en nosotros el Espíritu Santo, mano del Señor que reposa sobre nosotros para vencer con el bien el mal.

Quién es Dios, fuera del Señor?

¿Qué otro dios hay que pueda protegernos?

Dios es quien me da fuerzas,

quien hace intachable mi conducta,

quien me da pies ligeros, como de ciervo,

quien me hace estar firme en las alturas,

quien me entrena para la batalla,

quien me da fuerzas para tensar arcos de bronce.

Tú me proteges y me salvas,

me sostienes con tu mano derecha;

tu bondad me ha hecho prosperar.

Poniendo toda la confianza en Dios, como María en medio de las incertidumbres de la vida, el fiel encuentra su descanso en medio de la lucha que nos renovará cada día: Yo me acuesto tranquilo y me duermo en seguida, pues tú, Señor, me haces vivir confiado (Sal 4, 9). El sí que damos a Dios debe ser como el de María: un sí sostenido.

La participación en los sacramentos nos sostiene e incluso si tropezamos, nos endereza. El Señor sostiene a los que caen y levanta a los que desfallecen (Sal 145).

La protección de la Virgen María nos acompaña siempre.

El camino de la salvación es el camino que ha abierto y ha llevado a cabo Jesucristo. Es un camino de gozo porque Dios está con nosotros en esta aventura de la vida, es un camino de luz porque con la palabra de Dios nos descubre la belleza de la vida cristiana, es un camino de dolor porque vivir las bienaventuranzas siempre conllevará una lucha interior contra nuestro egoísmo y un sufrimiento exterior a causa de la persecución; y finalmente, es un camino de gloria porque ya comenzamos a vivir ahora en esperanza lo que en Cristo es ya plenitud.

En este camino, como el de Jesús, María nos acompaña, ella nos ha traído al Emanuel, su vida sencilla ilumina nuestro camino tan humano como el de ella. María no nos deja en la tentación ni en el sufrimiento, nos acompaña como acompañó a Jesús junto a la cruz. Como la madre de los macabeos alentó a sus siete hijos a perseverar en la fe confiando en la resurrección, también María alienta a los hijos de la Iglesia para que no desfallezcan en su fe cuando son perseguidos por causa del evangelio de su Hijo.

Como hermana nuestra, nos precede en la gloria dándonos la confianza de que a los hombres que se dejan tomar por Dios, todo les es posible. María nos protege frente al peligro del pecado, ella conserva y anima la fe de nuestros pueblos. En ella, la Iglesia se refleja. Su mirada nos mueve a reconciliarnos con los hermanos. Al acercarnos a ella exhalamos el perfume de la oración sencilla y confiada que nos hace crecer en el espíritu de oración y alabanza. Ella es, como dice el obispo Pere Casaldàliga en su Visita Espiritual a la Virgen de Montserrat, “el santuario de la nueva alianza, el

vientre maternal de la Eucaristía, el Sinaí nuestro de Montserrat que nos eleva a la contemplación del Dios vivo que es el Amor, fuerza y belleza de la Naturaleza”. Ella, como la hermana de Moisés con su pandereta, abre la marcha del pueblo de Dios haciéndose compañera de lo más profundo de cada corazón humano que solo puede encontrar su consuelo, su descanso y su alegría, en la vida de su Hijo amado dada a todos los hombres como pan de vida y bebida de salvación.

Cedro gentil, del Líbano corona,
Árbol de incienso, Palmera de Sion,
el fruto sagrado que tu amor nos da
es Jesucristo, el Redentor del mundo.



**Confraria de la Mare de Déu
de Montserrat**